

El Ai y el Bradipo

**Que conocemos con el nombre vulgar de
Perico Ligero**

A la clase de los mamíferos, y al orden de los dentados, pertenecen dos especies de animales casi inconfundibles por su aspecto raro, su configuración anómala, sus mismas costumbres, su modo de vivir y el mismo sistema de alimentación.

Edentados son los animales cuadrúpedos mamíferos que carecen de dientes. Estos animales son pues, generalmente herbívoros o fructívoros y no comen carne, insectos, ni gusanos, etc.

Estas dos especies de animales salvajes son exclusivamente de la fauna americana, y se las encuentra en reducido número en las selvas tropicales desde el sur de Méjico hasta la Argentina, en los climas ardientes.

El ai y el bradipo son conocidos en la ciencia y en los catálogos de historia natural con los nombres vulgares de perezosos y con el irónico de perico ligero, por sus movimientos lentos y trabajosos y por el modo de moverse en el suelo como los pericos.

Examinados cuidadosamente el ai y el bradipo, se distinguen algunas diferencias apreciables para los buenos observadores, como el color del pelaje espeso y áspero, más oscuro y leonado en el ai; la falta de cola en el bradipo, mientras que el ai la tiene aunque muy

corta; la frente ancha y el hocico puntiagudo en el bradipo; el número de uñas gruesas y ganchudas para sostenerse colgados en las ramas de los árboles, tres en cada pata del ai, y sólo dos en las patas delanteras del bradipo, y por último, una que sólo puede apreciarse practicando la autopsia del animal, que es la existencia de 48 costillas en el bradipo, y sólo 30 en el ai.

La piel sana y libre de microbios del ai o perico ligero la acostumbran los gauchos de la Argentina para colocarla sobre sus monturas, porque tienen el agüero absurdo y erróneo de que usándola, sus caballos se tornan más ligeros y más briosos.

El ai, como su congénere el bradipo, se alimenta exclusivamente con las hojas verdes y frutas caídas de los árboles.

Cuando no encuentran hojas caídas, trepan con gran dificultad a los árboles y es entonces cuando se les oye en el fondo de los bosques espesos y solitarios imitar un quejido triste y lúgubre que se parece a un ay!... prolongado que denuncia la presencia del animal.

Una vez en el árbol se enganchan en una rama con las uñas de las cuatro patas, y con el cuerpo pendiente empiezan la tarea de comerse despacio hoja por hoja, hasta que dejan desnuda la rama; luégo pasan a otra y así sucesivamente hasta que dejan desnudo todo el árbol. En esta operación gasta el animal muchos días y aun semanas enteras.

Para mejor ilustración de los niños de las escuelas, a quienes conviene conocer esta lección de historia natural, tan sencilla como oportuna, veamos lo que dice al respecto el sabio naturalista Buffon.

“Todos los animales, en general, han sido profusamente dotados por la sabia naturaleza de las cualidades físicas e instintivas que reclaman sus hábitos y necesidades; sólo las dos especies desgraciadas del ai y el bradipo son acaso las únicas que presentan la triste imagen de la impotencia y la miseria innata.

Privados de dientes estos pobres animales, no pueden coger una presa, ni alimentarse con carne, ni atrapar un insecto, ni aun pacer la yerba. Reducidos a vivir únicamente de hojas y frutas silvestres, si las encuentran, consumen su tiempo en arrastrarse al pie de un árbol, más tiempo en trepar a sus ramas, y durante este largo penoso ejercicio que dura días y semanas, están obligados a soportar el hambre y la sed, que mitigan con el jugo de las hojas verdes.

Cuando el ai ha consumido todas las hojas del árbol donde ha logrado trepar, acosado por el hambre, no intenta ni puede descender por el tronco, se deja caer de espaldas, y si no se mata es porque lo favorece su espeso y tupido pelaje.

Por lo demás, si la miseria que resulta de la falta de sensibilidad, no es la mayor de todas, la de estos animales aunque muy aparente, podría no ser real, puesto que parecen no sentir o sentir muy poco.

Su aire triste, su mirada sin expresión y su resistencia a los golpes que recibe al caer de los árboles y que no le conmueven, anuncian y dejan ver su extrema insensibilidad”.

Este desgraciado animal en el suelo es la presa segura de todos los carnívoros y de los grandes reptiles, a los que no puede oponer la menor resistencia; por eso su presencia en los bosques es tan rara y su especie parece que tiende a desaparecer.

La carne del ai es sana y agradable para comerla en todas las formas que enseña el arte culinario. Los indios salvajes y los negros la comen con gusto, y para cazarlo no necesitan ni de perros ni de armas para matarlo. Basta cortar la rama donde se halla enganchado y llevarla con el animal a la casa por distante que sea, porque el animal no intenta soltarse ni menos huir.

Las familias de gusto delicado mantienen el perico ligero en jaulas de madera para librarlo de los perros, y lo engordan con frutas dulces, como bananos y con desperdicios de cocina; en esta forma su carne se pone más sabrosa y delicada.

El perico ligero, como auxiliar para la limpieza de los parques y jardines públicos no resulta, primero porque este animal no puede coger ni matar ningún insecto ni alimaña que ataca las plantas, y segundo porque si se coloca en los árboles ornamentales, con la poda de todas sus hojas los seca y los destruye.

Para distracción de los niños, pero no de las señoras, particularmente de las casadas, puede mantenerse el perico ligero en el parque de Caldas, encerrado en una bonita jaula de bambú (guadua), manteniéndolo con frutas maduras y hojas de plantas leguminosas y algunas mirtáceas, como el guayabo con sus frutos, etc.

Así se conservará por algún tiempo el perico ligero del parque de Caldas, y los maestros de las escuelas cuando sepan que este raro ejemplar de nuestra limitada fauna fue cogido en las selvas del Putumayo y traído a Timbío desde Florencia, por el señor Jesús Maldonado, tendrán ocasión de desarrollar un centro de interés para sus discípulos.

Timbío, octubre de 1941.

Antonio García Paredes.